

DIANA CARRÍO-INVERNIZZI

EL GOBIERNO DE LAS IMÁGENES  
CEREMONIAL Y MECENAZGO  
EN LA ITALIA ESPAÑOLA  
DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	9
INTRODUCCIÓN: LA HORA DE LAS CEREMONIAS .....	15
ABREVIATURAS .....	31
<b>CAPÍTULO I</b>	
LA CASA DUCAL DE CARDONA (1611-1662) .....	35
El regreso a Cataluña (1618-1640) .....	35
La guerra y el exilio (1640-1658) .....	50
Los caminos que llevan a Roma (1658-1662) .....	71
<b>CAPÍTULO II</b>	
LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN ROMA	
Y LA DIPLOMACIA PARALELA (1662-1666) .....	105
Los rituales y las ceremonias en el escenario político .....	105
El palacio en la diplomacia: residencias y colecciones .....	136
Mecenazgo en las basílicas e iglesias romanas .....	164
<b>CAPÍTULO III</b>	
EL VIRREINATO DE NÁPOLES	
Y EL TRIUNFO DE LAS IMÁGENES (1664-1672) .....	213
La Nápoles española y el rey ausente .....	213
Los rituales cívicos y las ceremonias constitucionales .....	233
El Palacio Real de Nápoles .....	288

El mecenazgo conventual, las fiestas devocionales y las canonizaciones .....	368
<b>CAPÍTULO IV</b>	
CONCLUSIONES.....	419
BIBLIOGRAFÍA.....	439
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	477
ÍNDICE TOPONÍMICO.....	495

## INTRODUCCIÓN

# LA HORA DE LAS CEREMONIAS

Este libro analiza la contribución del ceremonial y del mecenazgo artístico a la conservación de la hegemonía española en la Italia de la segunda mitad del siglo xvii. Durante este período, la Monarquía hispánica redefinió su lugar en el nuevo orden internacional y estableció un nuevo marco de relaciones con la Santa Sede. Ante este nuevo horizonte, los gobernantes españoles abrieron una reflexión sobre los usos políticos de las imágenes: sobre el gobierno de las imágenes. Este libro se sirve de la lectura de consultas del Consejo de Estado, avisos, crónicas, manuales de ceremonia y correspondencia de la época para demostrar que los españoles adquirieron progresivamente una mayor conciencia del poder del mecenazgo y de los rituales, tanto cívicos como religiosos, para consolidar su presencia en Italia. Para ello, invita al lector a seguir los pasos de dos representantes de la Monarquía en Italia que marcaron un punto de inflexión en este proceso.

En 1661, Pascual de Aragón (1626-1677), miembro de la casa ducal de Cardona, llegó a Roma como nuevo embajador y, poco después, en 1664, pasó a ocupar el cargo de virrey de Nápoles. Su hermano, Pedro Antonio de Aragón (1611-1690), le sucedió en ambos puestos hasta abandonar Italia en 1672. Su llegada a Italia coincidió con un período crucial de cambios. La Monarquía española había dejado de ser la primera potencia europea desde la firma de la Paz de Westfalia en 1648, y del Tratado de los Pirineos en 1659. En 1661, Luis XIV tomaba las riendas del poder en Francia, y en 1665 moría Felipe IV dejando al frente de la Monarquía a

un niño de apenas cuatro años. Fue el principio de una serie de reveses para España. Esta coyuntura favoreció la meditación de los gobernantes españoles sobre los errores cometidos en el pasado y sobre la necesidad de rediseñar la estrategia cultural de la Monarquía en Italia. En un marco tan desfavorable, tras la pérdida de Portugal en 1640 y la independencia de las Provincias Unidas en 1648, España, más que nunca, necesitaba además recordar al mundo la legitimidad de su presencia en el último bastión español en Europa: el reino de Nápoles.

¿Cómo ahuyentó la Monarquía española desde Italia los síntomas de su «decadencia»? ¿Cómo podía demostrar al mundo que todavía era influyente en el panorama europeo? Durante los últimos años del reinado de Felipe IV se generalizó la reflexión del monarca y de sus ministros en Italia en torno a la conveniencia de modificar la estrategia política internacional, reduciendo los gastos militares en lugares claves como Nápoles y limitando la entrega de honores y beneficios entre los príncipes italianos. Los tradicionales mecanismos del ejercicio del poder parecían dar paso a una nueva manera de entender la práctica del gobierno. ¿Cómo pudo sobrevivir la hegemonía de la Monarquía en Italia?, ¿qué papel desempeñaron el mecenazgo y el ceremonial?, ¿qué nuevos usos dieron los españoles a las fiestas, a las iglesias nacionales o al palacio de la embajada en Roma?, ¿cómo fueron aprovechados los procesos de canonización de santos españoles?, ¿qué papel se otorgó a los retratos y al intercambio de regalos? La correspondencia mantenida entre estos representantes, el rey y el Consejo de Estado revela los detalles de tal meditación encaminada a frenar en Europa el deterioro de la imagen de la Monarquía desde Italia. La solución a los problemas pasaba por hacer un uso más racional de la esfera representativa. Había llegado la hora de las ceremonias.

La actividad de Pascual y Pedro Antonio de Aragón a partir de 1661 constituyó un antes y un después en el ceremonial y en la representación de los Austrias en Italia. Simultáneamente otras monarquías europeas replantearon sus usos del ceremonial, como han constatado los estudios recogidos en el libro coordinado por Allan Ellenius *Iconography, Propaganda and Legitimation* (1998)<sup>1</sup>. Pero en España implicó, más que la suplantación de un lenguaje del poder, el triunfo del aprovechamiento simbólico de las imágenes, del ritual y del mecenazgo. De las sospechas generalizadas que despertaban las ceremonias se pasó a una progresiva

---

<sup>1</sup> Ellenius 1998.

confianza en sus posibilidades simbólicas. Fue un camino lleno de discontinuidades, sin duda, pero diez años después, en 1672, los españoles habían conseguido minimizar los efectos de su debilitamiento político con una hábil actividad cultural y simbólica que consistió en aumentar los espacios de visibilidad del monarca español en Roma y del virrey en Nápoles, en ampliar la *pietas* hispánica, apropiándose de devociones, ritos y fiestas sin tradición española, y en desplegar un calculado mecenazgo artístico en la península.

La propia biografía de estos dos miembros de la casa de Cardona, que habían vivido en primera persona la guerra de Cataluña en 1640, y su conciencia del declive de la Monarquía, condicionó su estancia en Italia y su manera de acercarse al ritual. Al principio, Felipe IV capitaneó el cambio de rumbo en la estrategia cultural de la Monarquía, ampliando desde 1647 las obras pías y patronatos españoles que debían asegurar a España una mayor intervención en la política romana y un lugar más privilegiado en los espacios públicos de la ciudad. Poco después, en 1651, el monarca aprobó un corpus de etiquetas reales sistematizado desde 1647 por la Junta de Bureo, tribunal de la casa real. Durante estos años, un debate sobre la necesidad de modificar las residencias de embajadores y virreyes se produjo simultáneamente en varias cortes provinciales de la Monarquía, algo que nunca se había producido con la misma envergadura. Felipe IV había dado estos pasos pero cayó en la contradicción, por ejemplo, de impedir a sus embajadores en Roma cualquier innovación en el protocolo, una inercia común en la época, percibida en cambio como un signo de fuerza. Y ello a pesar de que, de un modo creciente, las cuestiones relacionadas con el ceremonial centraran las discusiones del Consejo de Estado.

En los años cincuenta y sesenta, el mecenazgo artístico español en Italia se había cargado de una mayor significación política. Desde Roma y Nápoles, Pascual y Pedro Antonio de Aragón pasaron a liderar este cambio en las estrategias de representación de los Habsburgo españoles. Creció la fractura entre su visión y la de la Corona, haciéndose más frecuentes las reprensiones que recibían del Consejo de Estado por sus numerosas iniciativas en materia de representación. Pascual y Pedro Antonio de Aragón no sólo batallaron para frenar las aspiraciones de otras naciones en el terreno ceremonial, contando al principio con la connivencia del rey, sino que fueron más allá, llegando a actuar al margen de las recomendaciones del Consejo de Estado. Los honores que recibieron los Aragón de Felipe IV a

lo largo de sus vidas fueron en recompensa por su sacrificio en Cataluña, tras la guerra de 1640, pero una vez en Italia, los Aragón siguieron sintiéndose víctimas de los errores de la Corona y llegaron a responsabilizar al monarca de negarles el crédito que merecían y de impedirles representar a su persona con la debida dignidad.

La llegada a Italia de Pascual y Pedro Antonio de Aragón logró superar el principal escollo que durante años había dificultado la implantación de unas estrategias culturales sólidas y de unos programas propagandísticos coherentes: las asiduas interrupciones de las legacías y de los gobiernos en las cortes virreinales. Durante diez años cruciales permanecieron al frente de los dos centros más decisivos de la presencia española en Italia, compartiendo un pasado y unos objetivos, discrepando a veces en los procedimientos, pero sin caer en contradicciones. Además, la pertenencia a la misma casa fue determinante para fijar una continuidad en el programa de actuación de gobierno en Nápoles. A partir de entonces, y con mayor frecuencia, los territorios italianos abastecieron de modelos culturales a la Corte de Madrid. La excepcional contribución de estos personajes se percibe al comprobar que, tras la muerte de Felipe IV en 1665, continuaron empeñados en perfilar, en soledad, las iniciativas culturales de la Monarquía para contribuir a la conservación de su peso internacional.

A la singularidad del perfil biográfico de Pascual y Pedro Antonio de Aragón se sumó la coincidencia de su llegada a Italia en el año decisivo de 1662. Felipe IV dio la espalda a Alejandro VII ante la amenaza francesa de invadir Italia. Había decidido abandonar la Santa Sede a su suerte, tratando de limitar su peso como cabeza de la península. En la firma de tratados internacionales cada vez se contaba menos con la mediación del papa. Consciente de ello, el pontífice atenuó su antigua vocación política universalista y se decidió a reforzar su peso en Italia. Felipe IV también había renunciado al universalismo de la Monarquía, que se fue replegando poco a poco en sí misma. Por ello se hicieron también más frecuentes las referencias nacionales en el mecenazgo hispánico de Italia y los intentos de los gobernantes españoles en la península por cambiar los hábitos e imponer unas conductas culturales hispánicas. En este marco hay que entender la carrera emprendida simultáneamente por Felipe IV y sus representantes, por una parte, y Alejandro VII, por la otra, por conseguir la consideración de principal mecenas de la península y de primer príncipe de Italia. Los españoles, según demuestran algunos textos de la época, creyeron que la